

Acotaciones a un debate / 2

Santos Juliá

¿Fueron fascistas los intelectuales de Falange que editaron *Escorial*? ¿Cómo definir la experiencia política por la que algunos intelectuales de este grupo pasaron en el primer lustro de los años cincuenta? ¿En qué consistió su enfrentamiento con el grupo de intelectuales al que ellos mismos bautizaron como excluyentes? ¿Qué relación tuvieron con la nueva generación de estudiantes universitarios y escritores jóvenes que se rebelaron contra la dictadura en 1956 y 1957? ¿Por dónde discurrieron sus itinerarios hacia posiciones liberales y hasta democráticas? Estos fueron algunos de los problemas que se presentaron por sí solos a medida que avanzaba en mi trabajo sobre las figuras y los discursos de los intelectuales en la España de la posguerra.

En resumidas cuentas, las respuestas a esos interrogantes que he intentado ofrecer en *Historias de las dos Españas* podrían sintetizarse de la siguiente manera: el grupo de intelectuales más consistentemente fascista —estado totalitario, partido único, unidad cultural de la nación, proyección hacia el imperio— surgido en España fue el formado en Burgos en torno a Serrano Suñer y a Dionisio Ridruejo; la derrota de los fascismos condujo a algunos miembros de este grupo a formular una política de reconstrucción de la unidad cultural de España privilegiando su dimensión católica frente a la estrictamente fascista; la lucha de las facciones del régimen en torno a las políticas culturales elaboradas desde posiciones de poder en el Estado y en la sociedad alcanzó su momento decisivo en 1953 y acabó en la derrota de los “excluyentes” ante la dura contraofensiva de Falange; la rebelión de la generación joven no tuvo una relación directa con el magisterio de los intelectuales “comprensivos”, sino con una protesta moral ante la clamorosa disonancia entre el discurso político de los mayores y la miserable realidad circundante; los “comprensivos” no fueron expulsados del gobierno y de las posiciones de poder por el acoso de los “excluyentes” sino por los mandos militares reforzados por el ministerio del Interior, impacientes ante la protesta universitaria; en fin, sólo tras la salida del ministerio de Educación Nacional y la dispersión posterior emprendieron los comprensivos su marcha hacia posiciones liberales y democráticas.

No comparto, pues, la tesis de que este grupo fuera disidente cuando defendía una política desde el poder con el propósito de socavarlo desde dentro, como sostiene Jordi Gracia. El concepto de disidencia interna en y desde el poder para definir la experiencia política por la que pasó este grupo en la primera mitad de los años cincuenta no puede dar cuenta de un dato de la estructura permanente del régimen de Franco: que el poder estaba repartido entre diversas fuerzas de una coalición heterogénea. No entiendo cómo se puede ser disidente en y desde el poder en un Estado que, si no era totalitario, sí fue siempre dictatorial, sostenido desde su mismo origen por varias fuerzas políticas y sociales en lucha que actuaban

en la práctica como facciones del régimen. En ese Estado, el poder formaba en realidad una constelación de poderes en la que cada cual luchaba por acrecentar su parcela bajo el supremo mando de Franco, por ninguno de ellos discutido ni en su persona ni en los fundamentos de la legitimación de su mando. El grupo fascista de 1938 como el grupo formado en torno a Ruiz-Giménez en 1951 formaban parte de una de las fuerzas que pretendía desarrollar una determinada política desde el poder. Si disidir es, según el DRAE, separarse de la común doctrina o conducta, los miembros del grupo de Ruiz-Giménez no fueron disidentes hasta que en efecto se separaron de lo que era común a todas las fuerzas coligadas, y esto no ocurrió hasta que sacaron todas las lecciones de su segunda derrota política (la primera ocurrió cuando los militares precipitaron la caída de Serrano Suñer en septiembre de 1942). En mi opinión, no se puede hablar de disidencia hasta que no comenzaron a recusar las fechas cruciales de 18 de julio y 1 de abril como fundamento inexcusable del Estado al que servían y del futuro político que pretendían construir para España. En 1953 esa recusación no se había insinuado. En 1953 no eran disidentes: eran gentes con un proyecto político en proceso de realización, que mantenían una dura confrontación con otras facciones dentro del mismo régimen, que habían organizado las cosas para disputar a sus adversarios posiciones de poder, que se habían consolidado en la dirección de la política universitaria y educativa en general, y que daban por seguro que el régimen evolucionaría en la dirección señalada por ellos.

Al calificar al grupo como disidentes dotados —en los primeros años cincuenta— de una inteligencia táctica para proceder a una remoción de fondo del sistema y su impugnación y favorecer un sistema de libertades, Gracia se fija particularmente en Ridruejo, que ofrece la singularidad de haber sido el único miembro del grupo que reconoció explícitamente y con todas sus consecuencias su pasado fascista. Sin duda, la experiencia italiana de Ridruejo, como corresponsal del diario *Arriba*, órgano oficial de Falange Española, en los años 1949 y 1950, fue decisiva para su evolución posterior; en esto, le pasó a Ridruejo lo que a tantos españoles de su tiempo: con salir de España se desmoronaban las murallas de Jericó. Pero tal vez, más que sus crónicas desde Roma, los artículos publicados en el mismo diario y, sobre todo, en *Revista*, durante el ministerio de Ruiz-Giménez podrían aclarar algunos de los componentes de la política que pretendían desarrollar en España: su “Meditación para el 1 de abril”, de 1953, tal como apareció en *Arriba* y no como nos ha llegado en el póstumo *Casi unas memorias*, con cinco párrafos sustanciales —un tercio aproximadamente del artículo— censurados, es diáfana, como lo es su célebre irrupción en el debate con los intelectuales del Opus Dei en su “Excluyentes y comprensivos”. En todo caso —y sea cual fuere el uso que se haga de estos y otros artículos—, percibir en el informe que Ridruejo presentó a Franco en 1947 cualquier brizna de liberalismo o democratización choca frontalmente con su literalidad, prescinde de la coyuntura política que le da sentido y olvida el propósito político al que ese texto sirve.

Estamos en febrero de 1947, esto es, en el momento de mayor aislamiento del régimen: los embajadores habían sido llamados a sus respectivos países y

Francia mantenía cerrada la frontera, que sólo se abrirá el 10 de febrero de 1948. En esa situación, Ridruejo lamenta, ante todo, que en el pasado Falange no haya podido «sustantivar al Estado o hacer Estado propio»: repite, pues, lo que ya había escrito a Serrano Suñer en agosto de 1942 cuando le decía que «todo esto es un asco»; un asco porque Franco no se ha decidido a convertirse en verdadero jefe de Falange, y Falange no es dueña ni informa al Estado: una situación que ha desgastado y perjudicado a Falange y no ha favorecido al Estado en nada. Hoy – dice Ridruejo en febrero de 1947– las cosas han cambiado: la apariencia de régimen totalitario da a los aliados un pretexto para cualquier agresión. De ahí la carrera de rectificaciones parciales, destinadas a borrar aquella imagen. En tal tesitura, Ridruejo, que se reafirma como falangista (falangista cuatro años después de la caída de Mussolini, dos años después de su muerte y del hundimiento nazi), protesta porque esa carrera de rectificaciones deshonra a Falange, cuya «historia de honor» debe ser respetada. «No se puede ahora inventar una Falange democrática, aliadófila, sin faltar a aquel respeto», escribe en su informe. Con ese propósito, Ridruejo recomendaba a Franco en 1947 exactamente lo mismo que Serrano Suñer había recomendado a su cuñado año y medio antes: relevar a Falange con honra y libertad y permitirle que, una vez disuelta oficialmente, recobrara o repusiera «su primitiva pureza».

Repitiendo de nuevo una sugerencia de Serrano, y convencido de que Franco ganaría un plebiscito sincero para salvar a España despojando de sus pretextos a las democracias, Ridruejo le propone que nombre un gobierno de diestros y prestigiosos administradores que sería el encargado de convocar ese plebiscito mientras Falange se reconstruye en su prístina pureza. Ridruejo está seguro de que a Franco le seguirán los muchos millones de hombres que le dieron la victoria en la guerra civil más un alto porcentaje entre los «escarmentados». ¡Escarmentados...! se sabe bien a quienes evocaban los falangistas y los católicos con este concepto: a los liberales que habían «contemplado la cara mala de la libertad», como los definía por entonces García Escudero. Administradores prestigiosos y un puñado de escarmentados gobernarían provisionalmente el país, mientras Falange, alejada del poder, se recuperaba del desgaste sufrido: ese era el plan de Ridruejo en 1947. No hay el mínimo atisbo de una propuesta de apertura, menos aún de democratización del régimen; nada tampoco que sugiera la presencia de una inteligencia táctica con vistas a remover desde el fondo los fundamentos del sistema. En 1947, lo que pretende Ridruejo abiertamente –como siempre, por lo demás: era de una sinceridad que desarmaba a cualquier interlocutor y que Franco debía de considerar prueba de inmadurez política– es despojar a las democracias de pretextos para intervenir en España, despedir al gobierno entonces en el poder –la coalición de militares y dirigentes de Acción Católica que se hizo con el control del Estado en 1945–, nombrar un gobierno neutro, a ser posible con algún «escarmentado» tipo Ortega o Marañón y organizar un plebiscito que ganaría sin problema. Falange, mientras tanto, se purificaría y estaría preparada para realizar lo que no pudo ser en 1939: hacerse con todo el poder.

El segundo punto crucial del debate suscitado por Jordi Gracia se refiere a las relaciones entre modernidad y liberalismo. Gracia afirma con razón que la mirada política tiende a encuadrar simplíficadamente lo que a menudo no encaja o no puede ser entendido con ese raseró. Pero cuando se habla de liberalismo y de resistencia se habla de política, no de arte, a no ser que por producir tal o cual obra de arte uno sea perseguido o relegado. Entonces, sí; entonces empecinarse en tal o cual obra es un acto de resistencia, no sé si liberal o marxista, dependerá de la situación y del resistente, no de la obra. Pero ocurre que Luis de Pablo estrenaba sus piezas y Antoni Tàpies exponía sus cuadros sin mayor problema: estuvo presente, con Manuel Millares y Julio Ramis, entre otros, en la I Exposición Biental Hispanoamericana de Arte, celebrada en Madrid, de octubre de 1951 a febrero de 1952 (una convocatoria, por cierto, que mereció un manifiesto de protesta firmado en primer lugar por Picasso que, sin embargo, sólo unos años después enviaría una sustanciosa carga de piezas a la III Biental que se celebraría en Barcelona). De modo que el axioma anterior valdría lo mismo vuelto del revés: la mirada literaria o artística sobre la política tiende a encuadrar simplíficadamente lo que no encaja. Una pieza dodecafónica de Luis de Pablo «es inequívocamente moderna en lo más hondo (y liberal)», escribe Jordi Gracia y no puedo evitar cierta sorpresa tras haber leído que el concepto liberal no define a una obra de arte. No, una pieza dodecafónica no tiene porqué ser liberal ni dejar de serlo, en sentido político ni en sentido artístico, ni entre paréntesis ni sin paréntesis. La innovación, la experimentación, la novedad, no son ni dejan de ser liberales, como no son comunistas ni católicas.

Por esa razón, yo me guardaría mucho de proponer una interpretación con categorías políticas de un cuadro de Tàpies ni de una pieza dodecafónica de de Pablo. Liberal es un concepto político, sobre todo cuando le antecede un sustantivo como resistencia. Resistencia liberal no es que de Pablo escriba una pieza dodecafónica; resistencia o, mejor dicho, oposición (pues resistencia, en el lenguaje político antifascista de la época, tiene una obvia connotación de lucha armada que no debería perder extendiéndolo indiscriminadamente a publicaciones como, pongo por caso, la revista *Destino*, a la que recientemente se presenta como ejemplo de resistencia cultural) oposición, digo, liberal será que Satrústegui vaya a Munich. Pero para que Satrústegui vaya a Munich —a donde por cierto no fueron ni Laín, ni Aranguren, pero sí Ridruejo— han tenido que pasar muchas cosas en su biografía política e intelectual. El Satrústegui que atacó a Ridruejo en 1940 jamás habría emprendido aquel viaje a Munich. Como tampoco habría salido a la calle al frente de una manifestación de estudiantes el Aranguren que en 1939 echaba de menos que Franco no hubiera procedido a una unificación cultural como ya la había impuesto en el ámbito político. Cada cual siguió un camino, difícil, complicado, para desembocar —quien desembocara— en posiciones democráticas. Lo que yo destaco en sus biografías es que la llegada de algunos de los más distinguidos miembros de ese grupo de intelectuales desde Falange a la democracia ocurrió por una crisis más que por una evolución, por un rechazo de lo que fueron más que por tirar el hilo del ovillo liberal que escondían en algún lugar tan secreto

que nadie pudo visitar. Y que en esa crisis fue decisiva, por una parte, la doble derrota de sus proyectos de integración de los vencidos en la común reconstrucción de la unidad cultural de España —es decir, la disolución en la nada de un proyecto político que duró, con variaciones, nada menos que veinte años— y, por otra, la aparición de una nueva generación que en un acto de protesta derrumbó los grandes relatos que aquellos maestros les habían contado sobre el 18 de julio y el 1 de abril.

Esta interpretación no es de tipo ensayístico sino producto de un largo trabajo de investigación, sostenida por tanto en textos de los mismos intelectuales; textos de la época, no memorias ni recuerdos, siempre dulcificados cuando no simplemente falseados, como ocurría de manera expresa cada vez que Aranguren hablaba de su pasado. Y no hay por qué rasgarse las vestiduras cuando se dicen estas cosas: el mismo Aranguren teorizó en cierta ocasión que uno podía hacer con su pasado lo que bien quisiera. Vaya, no me podía imaginar que por decirlo se iban a levantar pasiones tan vivas y descalificaciones tan gratuitas como las formuladas en la última sesión del coloquio a la que lamentablemente no pude asistir: nada hay más honesto en la vida de un político —y ellos lo eran, a pesar de que confundieron su pasado al calificarlo de exilio interior, al modo de Aranguren, o de gueto al revés, como decía Laín— que reconocer abiertamente que lo que fueron no lo son ya. De otro modo, y guardando todas las distancias, podría ocurrir entre nosotros lo que Theodor Adorno comentaba a Thomas Mann en 1949, asombrado de no haber encontrado en Alemania «a ningún nazi —fuera de unos cuantos canallas de vieja cepa con aire de patéticas marionetas—; y no lo digo sólo en el sentido irónico de que ninguno confiesa haberlo sido, sino en el mucho más siniestro de que todos creen que no lo fueron; reprimen completamente el recuerdo».

Por eso, no entiendo nada de la crítica de Elías Díaz, que ve en mi libro no sé qué equidistancia, para lo que no duda en atribuirme tesis que jamás he sostenido. Cuando procede a estas regañinas, Elías Díaz tiende a construir un muñeco del escolar sometido a escrutinio y atribuirle los peores desvíos y hasta alguna maldad. Ya pasó en otras ocasiones y ha vuelto a pasar en este debate sobre la continuidad de la tradición liberal en España después de la guerra civil. En su participación en la mesa redonda aseguró que yo afirmaba «que aquí hubo gentes enloquecidas, o de una abstracción metafísica, en fin, incomprensible y por tanto absolutamente anacrónica, que hizo los dos grandes relatos de la España moderna». Evidentemente, si yo hubiera escrito una tontería de este calibre, no merecería que Elías Díaz perdiera un minuto de su precioso tiempo en enojarse conmigo. Pero resulta que yo no he escrito jamás una majadería semejante y Elías Díaz no tiene derecho a atribúrmela con el pretexto de mejor rebatir los resultados de mi trabajo. Lo que yo he escrito es que durante la guerra civil se formó en Burgos un grupo de intelectuales con un propósito político muy definido: construir un estado totalitario desde el que rehacer la unidad cultural de la nación para ponerla al servicio de un propósito universal. De ese proyecto se derivó un nuevo relato sobre España como problema que tuvo en Pedro Laín su más distinguido intérprete. Si Elías Díaz quisiera discutir sobre el particular debía, antes de nada,

dar cuenta exacta de lo que yo he escrito para luego rebatirlo con razones, no con gratuitas descalificaciones: debe de ser cosa buena, escribió en cierta ocasión Manuel Azaña a Cipriano Rivas, encontrar un lector que entienda, aunque sea para desaprobarme lo que entienda. No ha sido el caso.

Más en serio, porque distorsiona de manera más burda una de las propuestas de *Historias de las dos Españas*, es que Elías Díaz me atribuya la tesis de que las reformas administrativas de los años 1958 y 1959 fueron las que crearon en España el Estado de Derecho. Otra vez el fácil expediente de construir un muñeco para mejor asaetearlo: esta imputación es falsa como puede comprobar quien se tome la no excesiva molestia de leer la p. 392 de *Historias*, donde cito a Carlos Moya —de quien siempre me resulta muy grato reconocer lo mucho que he aprendido— para afirmar, con él, que las reformas introducidas por López Rodó no rozaron los fundamentos políticos de aquel Estado. Democracia orgánica en una monarquía tradicional: así resumo un poco más adelante la fórmula que triunfa como resultado de la crisis de febrero de 1957 (p. 395). Para nada hablo nunca de Estado de derecho al tratar de las reformas administrativas: es que ni siquiera una vez menciono al famoso Estado de Derecho en relación con los intelectuales del Opus Dei; ni se me ocurre, vaya. Lo gracioso del caso es que, a este respecto, tal vez podría Elías Díaz dirigir sus dardos hacia un autor de su veneración, Joaquín Ruiz-Giménez, cuando afirma que también «los tecnócratas más o menos vinculados al Opus Dei [...] deben figurar en este proceso de cambio hacia una transición democrática» (puedo proporcionar a Elías Díaz la referencia, si lo desea). Pero a mí, que me registren: sólo alguien dispuesto a leer malintencionadamente las páginas que dedico a los intelectuales del *Opus Dei* puede atribuirme la opinión de que las reformas administrativas se dirigían a la construcción de un Estado de Derecho, aunque, como esto siga así, pronto me veré como uno de los responsables de aquel célebre *España, Estado de Derecho*, con que el ministerio de Información pretendía replicar en 1964 a un informe de la Comisión Internacional de Juristas.

En fin, lo que yo he intentado en esos capítulos es trazar el itinerario intelectual y político (pues se trata de intelectuales que asumen responsabilidades políticas) de los llamados excluyentes y comprensivos. Nada de equidistancia ni cosa que se le parezca: procuro, desde que me dedico a estos menesteres, tomar en serio la recomendación de Marc Bloch sobre la tarea del juez y la del historiador. Lo que yo pretendía, inútilmente por lo que se ve, era entender y explicar las razones que llevaron a los primeros desde la exclusión a la tecnocracia y a los segundos desde la comprensión a la democracia. Ni equidistancia ni veneración beata: me he limitado a trazar esos itinerarios con los textos de cada cual, de los que ofrezco una interpretación relacionada con las luchas políticas del periodo. Si Elías Díaz quiere discutir mi interpretación, y no salirse por la tangente con esa bobada de la equidistancia, lo que tiene que hacer es someter a crítica la lectura que yo hago de los textos y ofrecer otra más coherente o plausible sobre los mismos textos o sobre cualesquiera otros de los mismos años que a mí se me hayan escapado y que puedan resultar pertinentes para la cuestión debatida. Pero si, por

pereza, o por la malicia que tan pródigamente atribuye a los demás, prescinde de los textos y recurre al viejo truco del argumento *ad hominem* –del tipo: éste es un equidistante–, entonces, lo siento, pero paso de largo: es un expediente indigno de la inteligencia de Elías Díaz y un poco decepcionante para los años que todos vamos echando ya sobre nuestras espaldas.